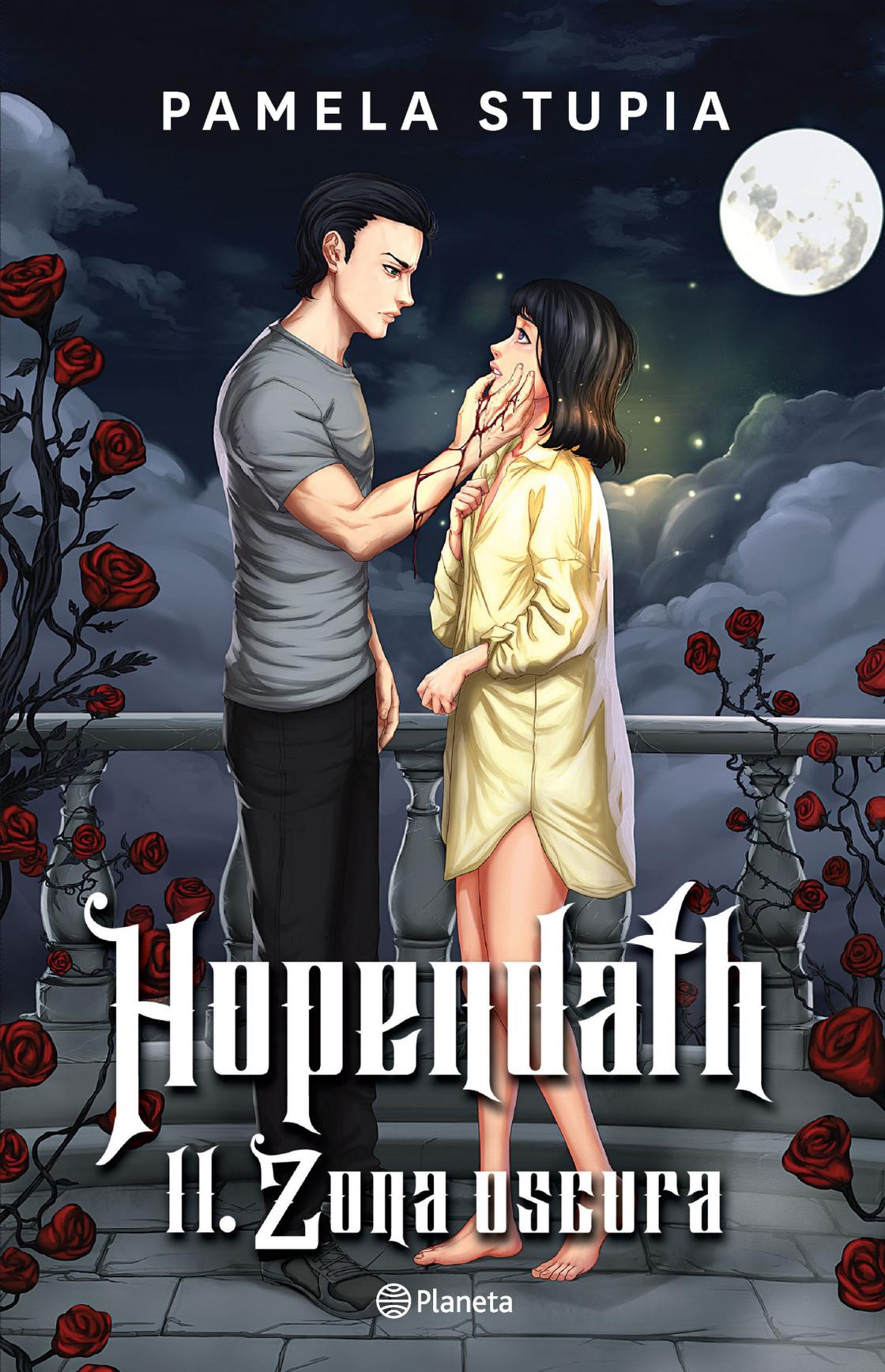


PAMELA STUPIA



Hupendath

H. Zona oscura

 Planeta

P A M E L A S T U P I A

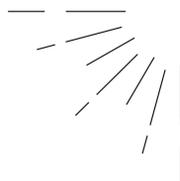
Hopendath

II. Zona oscura

 Planeta



A decorative banner with a light green background and a black border. The banner is shaped like a ribbon and is surrounded by several short, black, radiating lines. The text "CAPÍTULO" is written in a bold, black, serif font on the upper part of the banner, and the number "1" is written in a bold, black, serif font on the lower part of the banner.



RAY

Lo había visto en muchas más ocasiones de las que hubiese deseado. Estaba al tanto de su aspecto y tenía claro cómo podía reaccionar. Sin embargo, volver a verlo se sintió diferente. Molesto... incómodo y predecible.

Desde que abandoné la región, hace dos años, lo observé desde las sombras. Presencí borracheras y lo descubrí en situaciones de lo más apasionadas con prácticamente todas las chicas de la región. Pero Astor continuó siendo Astor. Su semblante nunca cambió, su espíritu libre y rebelde siguió vivo en él. Mi ausencia no significó nada, así como la suya no representó nada en mi vida.

En varias de mis tantas visitas a la región lo observé desde la oscuridad, con las piernas colgando de la ventana de su cuarto y los ojos perdidos en la aburrida noche de la región roja. Yo, ausente pero presente, lo contemplé mientras se sumergía en lo que solía llamar sus “momentos silenciosos”, algo a lo cual le había puesto un nombre porque comenzó como un juego y se transformó en un hábito. A Astor, le gustaba analizarse. Entenderse. Habitar la contradicción entre los dos mundos que existían en su interior: lo que decía y lo que no decía, lo que hacía contra lo que verdaderamente deseaba hacer. En sus silencios crecían y se potenciaban todas esas pequeñas luchas que siempre lo llevaban a un mismo destino: hacer lo que sentía, decir lo que pensaba. Digamos que, con todos sus defectos, siempre había sido el más especial de los dos.

Somos gemelos, sí. Lucimos prácticamente igual, claro. Pero, en realidad, Astor y yo siempre fuimos polos opuestos. Yo, por ejemplo, nunca me enfrenté a ese tipo de luchas. Es muy fácil saber qué es lo que debemos hacer o cómo debemos reaccionar frente a otras personas. Nunca necesité sentirme como el típico ingenuo que pretende hacer una revolución con cada paso que da. No cuando lo más fácil es hacer lo que te conviene y decir a los demás lo que quieren oír. Así

es muy sencillo caer bien, es fácil ser el ejemplo cuando solo actuás como lo esperan... Cuando no decepcionás.

Pero verlo, esta vez, se sintió extraño, porque fue diferente. En ese castillo estaba él, pero también estaba yo. A la vista. Como un fantasma del pasado revoloteando frente a él. Su mirada en la mía. Pasmado. Congelado en el tiempo. Porque eso soy para Astor: alguien del pasado, una persona olvidada, alguien que existió en una porción de su vida y luego se esfumó sin dejar nada.

Yo me hubiese odiado, claro, pero supongo que él habrá luchado en su interior, buscando una razón para entenderme, para perdonarme. Porque, diecisiete años después, Astor cree que alguna vez podremos entendernos. Él cree que debe perdonarme, él siente que sigue siendo el mejor.

Me quito la chaqueta negra que llevo puesta y la dejo caer sobre la silla de terciopelo de mi habitación sin poder detener los pensamientos que se reproducen en mi cabeza una y otra vez. Doy unos pasos hacia el ventanal desde el que puedo ver gran parte de la zona oscura. Sabía que en algún momento me iba a encontrar, pero no es lo mismo suponer que algo va a suceder, a que finalmente suceda. Le había pedido a Dysha que lo dejara escapar, lo cual resultó bastante ridículo para ella, sin embargo, luego de tantos años, sabe que puede confiar en mí y que, en todo caso, el único que conoce a mi hermano soy yo.

Lo que no estaba en mis planes era que Lisa huyera con él. Aprieto la mandíbula. La última vez que la había tenido enfrente era una niña. Era obvio que el día que Astor atravesara la puerta de este castillo o cualquier frontera de Hopenmath lo haría con ella, pero esperaba que alguno de los estúpidos que se entrenan día y noche pudiera capturarla. No es tan difícil, solo es una adolescente con aires de grandeza. Resoplo al recordar que Ginger me contó que, en los últimos años, Lisa se transformó en una especie de eminencia de la academia de la región roja. Supongo que no por nada abandoné mi región: no encajaba en una región en la que engrandecen a una engreída como ella.

Los golpes en la puerta me sobresaltan y luego, me fastidian.

—Adelante —exclamo, con desgano.

La luz de mi gran habitación es tenue, solo alumbran dos velas, así que tengo que esforzarme un poco para entender que se trata de Meredith.

—¿Ray? —murmura.

—Sí, Meredith. ¿Qué sucede?

Mi voz suena controlada, en realidad, estoy alterado... furioso.

—Me preguntaba si...

—No tengo ganas de pasar la noche con vos, por favor, cerrá la puerta cuando te retires.

Me dirijo al cuarto de baño, que se encuentra dentro de mi habitación, mientras veo a Meredith alejarse. No me preocupa en lo más mínimo que se sienta rechazada, yo me sentí rechazado demasiadas veces y sigo en pie. Tendrá que superarlo. Además, ni que mi respuesta fuese nueva. En cuanto Meredith puso un pie en la zona oscura (que conste, yo no fui el responsable de ello), tuvo una especie de encaprichamiento amoroso conmigo. Y yo nunca le respondí a sus actitudes, si un año después sigue pensando que por venir con poca ropa a mi cuarto eso va a cambiar, es asunto suyo. No tengo tiempo para lidiar con estupideces románticas. Las añoré por mucho tiempo, sin embargo, en algún momento descubrí que no era lo mío. Supongo que eso quedó para Astor.

Uf.

Otra vez las imágenes sucediendo en mi cabeza. Las había imaginado muchas veces, pero siempre había deseado un halo de odio en los ojos de mi hermano. Hoy no lo vi. Lo busqué, lo añoré, lo deseé... Sin embargo, Astor cayó en uno de sus "momentos silenciosos". En la lucha interna entre enfrentarme por haber abandonado a mi familia o entenderme y consolarme. Ojalá supiera que lo último que espero es un consuelo de su parte. Ojalá tuviera claro que desde que llegué a este lugar solo puse una regla: el día que Astor muera, será en mis manos.

Cierro los ojos e intento disfrutar de mi baño diario. Hundo la cabeza bajo el agua unos segundos y una vez fuera, me mantengo con los ojos cerrados. Astor había estado preocupado por dos situaciones en el día de hoy: la primera era yo; la segunda, la chica verde.

Dejo escapar una carcajada suave. Si hay algo bueno en todo lo sucedido hoy es, sin duda, tener la sospecha de que mi hermano se enamoró de una chica de otra región. Él no entiende de imposibles, porque está acostumbrado a lograr lo que quiere. En todos mis recuerdos de la infancia Astor luchó por lo que quería y, por supuesto, siempre lo consiguió.

Suspiro, mientras mi cuerpo desnudo flota en la bañera y se deja llevar por los lentos movimientos del agua. Si hay algo que deseo, es que Astor pierda una batalla. Que descubra que solo fue cuestión de suerte, que la vida no es tan sencilla, que no hay finales felices y que, si existen, me voy a encargar de que él no lo tenga. Esta batalla planeo ganarla yo y, aunque lo preferiría preso en la celda con sus amigos, sé que él funciona mejor estando libre.

Lo necesito allí, en la vereda de enfrente. No lo quiero en mi bando ni en mi fuerza y eso me recuerda a una noche, cuando teníamos menos de diez años. Leíamos un libro en el que un grupo de brujos malvados se enfrentaban a una población de magos bienintencionados.

Contra todo tipo de pronóstico, me divertían más los brujos, los magos me resultaban tontos y aburridos, sin embargo, Astor defendía y esperaba que el final feliz fuese para ellos.

—¿Qué sucede en la vida... fuera de los libros? —dijo.

Lo miré y respiré hondo. Era uno de los momentos silenciosos de Astor, solo que, en aquella época, solía analizar esos pensamientos conmigo. Luego, cuando nuestra relación se enfrió, se encerró en ellos y nunca más los compartió.

—Es decir... —continuó—: En la vida suceden muchas cosas y pienso que, tal vez, muchas veces nos encontramos en situaciones como estas.

—¿De brujos luchando contra magos? —Sonreí, en esa época lo hacía a menudo.

—No exactamente brujos o magos, pero... a veces nos enfrentamos a otros en ciertas situaciones. Me pregunto si, en ese caso, nos daríamos cuenta si nos encontramos en el bando incorrecto, como sería el de los brujos en este caso.

—¿Por qué ese bando sería el incorrecto? —cuestioné.

—Porque son los malos... Los brujos hacen daño, traicionan, no tienen... códigos.

—No me parece incorrecto que los brujos sean fuertes y recurran a otros métodos para lograr su objetivo.

—¿Creés que el fin justifica los medios? ¿Ir detrás de un objetivo habilitaría a los brujos a hacer cosas malas? ¿Traicionar? ¿Lastimar a otros?

—Exactamente... Creo que, para ganar, alguien tiene que perder —afirmé.

—En ese caso, elijo que ganen los magos. —Astor quitó la vista de mí y murmuró mirando el libro—: Me ilusiona pensar que actuar bien tiene su recompensa.

También me sucedía cuando era niño.

Siempre aborrecí a los revolucionarios moralistas, pero los años me enseñaron que, a veces, son necesarios.

Por eso es que, simplemente, lo dejé escapar.





“El color reinará en el mundo de Hopenath y cada individuo y especie se encargará de mantener el equilibrio necesario para no crear ni un solo espacio de oscuridad. Porque si crean oscuridad, las desgracias de la Tierra atraerán”.

Extracto:
Antiguo libro de Hopenath.